

La coherencia de las rupturas: Ernesto Sábato

Olga PUT

Ernesto Sábato, cambiante e ideológicamente contradictorio, denostado a izquierda y derecha, traicionero, inestable en sus posiciones, existencialista, nihilista, anarquista, comunista, surrealista, converso... Perdónese la falta del orden cronológico, pero, en verdad, no tiene gran importancia. Sábato ha ido «mucho más allá de lo que los vaticinadores del momento le hubieran asignado»¹. Por debajo de los incesantes cambios y de las aparentes contradicciones se puede distinguir una línea bien trazada. Es cierto que el escritor ha pasado por muchas etapas; sin embargo, el paso de una fase a otra nunca se dio en dirección aleatoria, cada uno fue fruto de las mismas inquietudes, de una búsqueda constante de respuestas a las preguntas más punzantes. Juan José Sebreli describe lo común de las «traiciones» sabatinas en la introducción a la entrevista con el escritor en el año 1960:

Las vicisitudes de su país y de su tiempo han ejercido siempre una influencia irresistible en el pensamiento de Ernesto Sábato, provocando sus frecuentes cambios de posición: ruptura con su clase de origen primero para adherir al comunismo, ruptura con el comunismo, ruptura con la ciencia, ruptura con el surrealismo, posición expectante frente al existencialismo al que generalmente se le vinculan nuevas rupturas con la oligarquía de su país ante el desengaño de la «Revolución Libertadora» y el frondizismo. Estas frecuentes «traiciones» a sistemas filosóficos, partidos políticos, capillas literarias y viejas ilusiones no son sino la otra cara de una constante fidelidad a su propia condición humana².

Para el mundo existen por lo menos dos Sábatos. Ha sucedido lo que siempre sucede con los grandes hombres que viven con el resto de los mortales. Crean, o se crea, una leyenda, todo el mundo profesa conocerlos mejor que ellos mismos. De personas pasan a ser personajes y cohabitan las mentes humanas junto a sus propias creaciones. Si son escritores, como Sábato, los que saben

¹ LEIVA, A., *Introducción a SÁBATO, E., El túnel*, Cátedra, Madrid, 2001, p. 16.

² Entrevista de SEBRELI, J. J., «El argentino angustiado», *Ultramar*, 1960, en CONSTENLA, J., *Medio siglo con Sábato. Entrevistas*, Textos Libres, Argentina 2000, p. 40.

más son los lectores y los críticos, que no siempre son lectores... Por eso, Borges pudo escribir: «Al otro, a Borges, es a quien le ocurren las cosas»³. Lo mismo podría decir Sábato: al otro, a Sábato, es a quien le ocurren las cosas. Se conoce su vida más que sus libros, porque la mayoría de los lectores ha leído solamente *El túnel* y, sin embargo, dado que se trata de un escritor famoso, es obligatorio saber de él, la ignorancia linda casi con el pecado. No obstante, como suele pasar, la imagen global del autor y de su obra se sitúa bastante lejos de la verdad y la mayoría de los críticos repiten cosas muy parecidas. En cada libro que habla sobre Sábato o sobre su producción literaria leemos que su vida se reparte entre la ciencia, la literatura y el arte, leemos sobre su hermano mayor, que murió siendo una criatura, del cual Sábato heredó el nombre y el amor de su madre. Leemos sobre su etapa anarquista, sobre su compromiso temporal con el movimiento comunista, sobre su fascinación por el surrealismo, sobre sus angustias por el hombre moderno, por la crisis espiritual del mundo, hasta sobre sus recientes preocupaciones ecológicas. Sin embargo, tengo la impresión de que la vida de Sábato suele presentarse de una manera sensacionalista, lo que conduce a las conclusiones fáciles. Por eso, en un momento dado, los lectores en el mundo entero decidieron que había surgido otro escritor existencialista, decepcionado con la realidad, decepcionado con un Dios que nos hace sufrir tanto en este mundo deprimente, tenebroso y sin salida. Por eso, las voces que se hacen oír últimamente entre algunos críticos de la gran conversión del existencialista Sábato revelan más bien una gran ignorancia e incompreensión de este excelente autor y filósofo. Los últimos escritos. *Antes del fin* y *La resistencia*, no introducen nada nuevo ni escandaloso en el pensamiento de Sábato, son una comprobación y una continuación lógica de sus ideas desde la juventud hasta ahora. «El hombre no cambia sino que va revelando», como decía a menudo el mismo Sábato⁴. No es ni un giro capital, ni una ruptura decisiva, ni una capitulación, ni una rendición, ni una demencia senil, como lo quisieran ver algunos, pero sí una coherencia trabajada y difícil, digna de admiración. Él mismo lo ha dicho muchas veces y es de extrañar que la gente quiera ver lo contrario:

Creo que un escritor tiene una sola obsesión que expresar en su obra. A tumbos un poco, a través de su vida, en borradores, probablemente cada vez menos imperfectos, toda su vida intenta encarnizadamente ahondar en ese secreto de su propia existencia. Creo que cuando más obsesivo es un tema me parece que es

³ BORGES, J. L., *El Hacedor*, Obras Completas II, Emecé, Barcelona, 2006, p. 186.

⁴ CATANIA, C., *Genio y Figura de Ernesto Sábato*, Eudeba, Buenos Aires, 1997, p. 48.

más importante para expresar algo que sea de trascendencia. No sé qué es lo que le pasa a los demás, a mí me pasa eso: yo siento que estoy siempre hablando de lo mismo. Sarduy ha observado muy bien que a pesar de estar separadas por trece años las dos novelas tienen una temática común, en cierto modo. Me refiero a la temática profunda, no a la anécdota. Ésta es bastante diferente. [...]⁵.

Algunos críticos veían la coherencia entre las obras sabatianas antes de que aparecieran los últimos dos libros, tan «desconcertantes». Por ejemplo, Sixto Mardoqueo Reyes, en el año 1982, hablaba de las mismas obsesiones de Sábato, de los mismos fantasmas que habían acompañado su paso desde la exactitud matemática hasta el universo imperfecto de la ficción literaria⁶. También Graciela Maturo en el año 1985, en el artículo «La aventura filosófica de Sábato»⁷, repasa las posturas filosóficas del escritor y concluye que su evolución filosófica es coherente. Por eso, me sorprende que si antes se hablaba de la unidad del pensamiento del escritor, ¿por qué se la niega ahora? ¿Por qué suponer una ruptura inesperada y un cambio radical?

Quisiera mostrar en este artículo la relación estrecha y máxima coherencia que hay entre todas las etapas de la vida de Sábato, entre las primeras y las últimas preocupaciones, entre sus ensayos y las novelas. Las rupturas en su vida y en su obra coherentes y nacen consecutivamente una de la otra. No se puede hablar de sustituciones, del cambio de una idea por otra, se trata más bien de una acumulación, de una bola de nieve que cobra forma según va avanzando. Sábato puede ser multifacético y contradictorio, pero paradójicamente también es profundamente coherente en su apasionada humanidad⁸. Cuando uno lee mucho su obra, de una manera cronológica, y lee también las entrevistas que ha hecho, las ponencias, las conferencias que ha impartido, de repente, primero con incredulidad y después con un gran asombro, se da cuenta de que Sábato se repite. En sus ensayos y entrevistas repite textualmente los párrafos enteros que conocemos de sus novelas. Los repite en los libros cuyas ediciones separan unas cuantas décadas y uno no puede no preguntarse si esto es cuestión del olvido o de una memoria prodigiosa. Algunos de sus entrevistadores se quejan del irritante

⁵ RODRÍGUEZ MONEGAL, E.; SARDUY, S., «Por una novela novelesca y metafísica», *Mundo Nuevo*, 1966, en CONSTENLA, J., *op. cit.*, p. 123-124.

⁶ REYES, S. M., *Ernesto Sábato y su compromiso con el hombre*, Cuadernos Arcien, Santa Fe, 1982, p. 12.

⁷ MATURO, G., «La aventura filosófica de Ernesto Sábato», en MATURO, G. (ed.), *Ernesto Sábato en la crisis de la modernidad*, García Cambeiro, Buenos Aires, pp. 13-34.

⁸ MONCALVILLO, M., «El buscador de secretos», *Humor*, 1981, en CONSTENLA, J., *op. cit.*, p. 265.

afán de Sábato de controlar minuciosamente las preguntas y las respuestas hasta transformar la entrevista en obra propia. El lector ya no sabe si las novelas de Sábato son testimoniales o si Sábato ha novelizado sus testimonios o quizá esto sea un indicio de una coherencia llevada al máximo donde la vida se mezcla con la creación artística. Trinidad Barrera, en el artículo «Personalidad y obra de Ernesto Sábato», dice que se puede hablar de una interacción existente entre obra y vida.

Obra y vida se relacionan de tal modo que presentan un efecto reversible: su vida arroja luz sobre su producción literaria; y su producción literaria ofrece datos inestimables para enjuiciar su vida. Hasta tal punto se influyen la una en la otra que en determinados momentos llegan a formar un todo indisoluble —es el caso de *Sobre héroes* y aún más, de *Abaddón*—. ⁹

¿Qué es lo que une las obras sabatianas? ¿Qué es lo que nos hace pensar que a pesar de las distintas estructuras los textos sabatianos comparten las mismas inquietudes a lo largo de más de 60 años de su producción literaria? ¿Una preocupación acerca del ser, del destino, de la condición del hombre? Se habla mucho de la metafísica de la esperanza como común denominador de la creación sabatiana dado que él mismo emplea a menudo este término. Existen numerosos libros que se nutren de este concepto a la hora de hablar de Sábato. Basta mencionar el libro de Mariana Petrea *Ernesto Sábato: la nada y la metafísica de la esperanza*¹⁰ del año 1986 o el de James Predmore del año 1981 *Un estudio crítico de las novelas de Ernesto Sábato*¹¹, quien utiliza la expresión para analizar *Sobre héroes y tumbas*. También Alberto Madrid Letelier comenta la «metafísica de la esperanza» en un artículo que apareció en los *Cuadernos Hispanoamericanos* en el año 1983 con el título «Sábato: la búsqueda de la esperanza»¹². Sin embargo, lo más interesante en este artículo es su conclusión: «La obra de Sábato, más que caracterizarla en una teoría de la esperanza, la podemos definir como el ejercicio de la búsqueda de la esperanza»¹³.

⁹ BARRERA, T., «Personalidad y obra de Ernesto Sábato», *Anthropos*, 55-56 (1985), p. 33. El artículo reproduce las pp. 11-26 de la obra de Trinidad Barrera López, *La estructura de Abaddón el Exterminador*, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Sevilla, 1982.

¹⁰ PETREA, M., *Ernesto Sábato, La nada y la metafísica de la esperanza*, Porrúa Turanzas, Madrid, 1986.

¹¹ PREDMORE, J., *Un estudio crítico de las novelas de Ernesto Sábato*, Porrúa Turanzas, Madrid, 1981.

¹² LETELIER, A. M., «Sábato: la búsqueda de la esperanza», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 391-393 (1983), pp. 231-247.

¹³ *Ibid.*, p. 246.

Los críticos que no hablan directamente de la metafísica de la esperanza admiten que al analizar los textos de Sábato hay que hablar por lo menos de alguna metafísica, de algo espiritual, de Dios, de soteriología, del absoluto, del anhelo de algo más grande, de algo que se nos escapa cuando intentamos aplicar nuestros esquemas habituales. Sábato es sumamente elusivo. Sin embargo, hay una autenticidad y una continuidad que brota de cada una de sus páginas que corresponden con las fases lógicas de desarrollo. Lo que une a todas sus obras, lo que hace que sus rupturas sean coherentes, es la búsqueda constante de la respuesta a los interrogantes profundos y trascendentes —el proceso, itinerario, camino—. La búsqueda del sentido en el mundo que nos rodea.

En las siguientes páginas pretendo demostrar la relación estrecha y máxima coherencia que hay entre las primeras preocupaciones de Sábato sobre el poder de la ciencia, el orden que rige el mundo, la deshumanización de las sociedades y la desintegración del sujeto, entre la soledad existencial que emana de su «trilogía» y el intento de recuperar la fe en el hombre en los últimos escritos. Sábato una vez dijo sobre los escritos de Borges que «son siempre las mismas ocupaciones metafísicas, con diferente ropaje [...] uno cree estar leyendo un relato policial y de pronto se encuentra con Dios o con el falso Basíledes»¹⁴. Se podría decir lo mismo sobre Sábato. Da igual el tema que tome, o el estilo que elija, de sus páginas gritarán las mismas preguntas.

Vamos por partes.

1. UNO Y EL UNIVERSO Y HOMBRES Y ENGRANAJES

Los primeros libros de Sábato suelen ser en general menos conocidos que las obras posteriores. Por dos razones, primero porque fueron escritos antes de que el escritor saltase a la fama con *Sobre héroes y tumbas*, y después porque pertenecen al género menos popular: el ensayo. Sin embargo, las novelas de Sábato no se entienden del todo si el lector no ha leído nada del vasto discurso ensayístico del escritor, incluso se pueden malentender. Hay dos accesos al pensamiento de Sábato: el dialéctico y el literario, a través del ensayo y la ficción, y los

¹⁴ SÁBATO, E., *Uno y el Universo*, Seix Barral, Barcelona, 1998, p. 20.

dos son complementarios, lo que habla a favor de la coherencia de la producción literaria de Sábato. Oberhalm dice:

El crítico se muestra reacio a divorciar, en el caso de Sábato, el ensayo y la novela dado que su novela frecuentemente presenta las tendencias marcadas del ensayo. Hasta una consideración separada de dos novelas le causa al crítico numerosos problemas debido a que los temas se entretrejen.¹⁵

Y aunque el libro de Oberhalm fue escrito en el año 1970, cuatro años antes de que apareciera *Abaddón* y mucho antes que *La Resistencia* y *Antes del fin*, su tesis se mantiene perfectamente. El análisis de los artículos de las primeras obras puede ayudar a descubrir a aquel Sábato que poco más tarde inicia su trayectoria novelística.

Uno y el universo y *Hombres y engranajes* surgen en un clima especial. Hay que tener en cuenta que son textos escritos después de la Segunda Guerra Mundial y parece que la humanidad ha perdido los restos de la inocencia paradisíaca. También se ha perdido «la fe en el respeto mutuo, en la dignidad humana y en las virtudes de la tolerancia, de la razón y de la discusión»¹⁶. No menos importante es también un dato biográfico, el mencionado paso por el movimiento comunista, anarquista, surrealista y finalmente su ruptura con el mundo de la ciencia, hecho que provocó durísimas críticas de los científicos argentinos. Los primeros ensayos recogidos en el libro *Uno y el Universo* son documentos «de la nostálgica despedida del universo purísimo»¹⁷. No fue fácil. La ciencia era una de las cosas absolutas, le proporcionaba un suelo firme y estable. Hay que estar muy convencido de que hay algo más allá para salir de la cómoda rutina.

Los temas considerados en el libro son aparentemente muy diversos, a primera vista poco tienen en común. Presentados por orden alfabético aparentemente pierden en continuidad del pensamiento. Como si el escritor quisiera sacar todas las ideas amontonadas en su mente durante su etapa preliteraria, poner en papel todas las cuestiones a las que les había dado vueltas. Sin embar-

¹⁵ OBERHALM, H., D., *Ernesto Sábato*, Twayne, Nueva York, 1970, p. 28. [Orig.: The critic is loath to divorce the essay and the novel in the case of Sábato since the latter frequently displays marked tendencies of the former. Even a separate consideration of the two novels offers the critic numerous problems due to the interweaving of themes. *Trad. mía.*]

¹⁶ SÁBATO, E., *Uno y el Universo*, *op. cit.*, p. 73.

¹⁷ SÁBATO, E., *Antes del Fin*, Seix Barral, Barcelona 2005, p. 75.

go una lectura un poco más penetrante revela que todos los textos buscan lo mismo: descubrir el orden que mueve el mundo, encontrar la explicación de la inquietud del ser humano y de su constante intento de controlar el universo a través de la ciencia y de eliminar apresuradamente el vertiginoso infinito.

En este primer libro Sábato no termina de definir su posición frente a la ciencia, es todavía más un científico que un escritor, aunque un científico amargado y decepcionado. Un poco desorientado, no sabe si elogiar la ciencia por su abstracción y alejamiento del mundo cotidiano, o condenarla. La experiencia le hace ver su ambigüedad, admite que se equivoca parcial o totalmente¹⁸, habla de «la mortalidad del conocimiento»¹⁹, pero ya ni siquiera es posible filosofar sin ella²⁰; a lo mejor es la que tiene escondidas las respuestas a grandes preguntas, pero a lo mejor no. Y es cuando aparece una de las primeras grandes preguntas del escritor, si aceptamos que la ciencia no le ayuda al ser humano en lo más importante, no le proporciona ningún sentido a su vida ¿qué o quién podría hacerlo?

Hombres y Engranajes se publica en 1951 y el tema del derrumbe de la civilización basada en la razón pasa al primer plano; Sábato reflexiona sobre el caos que lo rodea, habla del fetichismo de la ciencia, de la ilusión del progreso, del universo abstracto y matematizado, del hombre-cosa, de la desaparición de la seguridad, del mundo abominable que surge del prometeico intento de dominación, de la deshumanización de la humanidad. Sábato, con su exactitud y curiosidad científica, intenta encontrar en las épocas pasadas la explicación del caos en que se encuentra el mundo y describir el paulatino rechazo de la trascendencia por parte del ser humano. El proceso de secularización del Renacimiento, la Reforma, el creciente capitalismo, el determinismo mecánico... El poder de la ciencia, el progreso, no sirven para resolver la angustia del hombre ante los eternos enigmas de la vida y de la muerte.

Frente al problema de la esencia de las cosas se erigió el de la existencia del hombre. ¿Tiene algún sentido la vida? ¿Qué significa la muerte? ¿Somos un alma eterna o meramente un conglomerado de moléculas de sal y tierra? ¿Hay Dios o no? Estos sí que son problemas importantes. Todo lo demás, como bien dice Camus, es en el fondo un juego de niños: la ley de gravitación, la máquina de

¹⁸ SÁBATO, E., *Uno y el Universo*, op. cit., p. 45.

¹⁹ SÁBATO, E., *ibid.*, p. 44.

²⁰ SÁBATO, E., *ibid.*, p. 119.

vapor, los satélites de Júpiter y hasta el señor Kant con sus famosas categorías. ¡Al diablo con el razonamiento puro y la universalidad de sus leyes! ¿Acaso el que razona es un Filósofo Abstracto o yo mismo, transitorio y mísero individuo? ¿Qué importa que la Razón Pura sea universal y abstracta si El-que-razona no es un dios desprovisto de pasiones y sentimientos, sino un pobre ser que sabe que ha de morir y que de esa muerte carnal y suya no lo podrá salvar Kant con todas sus categorías. ¿Qué célebre conocimiento es ése que nos deja solos frente a la muerte?²¹

En el último texto del libro, con un significativo título, «¿Y entonces qué?», se encuentra la síntesis del estado del alma de Sábato en aquel tiempo. La ciencia, la razón, el progreso, el anarquismo, el comunismo, el surrealismo, no habían dado ningún sentido a su vida. Hay que admitir que lo buscaba con sinceridad, con empeño, y después de cuarenta años... nada. ¿Y entonces qué? Sigue buscando, porque lo que tiene claro es que nuestra vida sí que tiene sentido aunque nos parezca oculto:

Nuestro instinto de vida nos incita a luchar a pesar de todo, y esto es bastante, por lo menos para mí. No estamos *completamente* aislados. Los fugaces instantes de comunidad ante la belleza que experimentamos alguna vez al lado de otros hombres, los momentos de solidaridad ante el dolor, son como frágiles y transitorios puentes que comunican a los hombres por sobre el abismo sin fondo de la soledad. Frágiles y transitorios, esos puentes sin embargo existen y aunque se pusiese en duda todo lo demás eso debería bastarnos para saber que hay algo fuera de nuestra cárcel y que ese algo es valioso y da sentido a nuestra vida, y tal vez hasta un sentido absoluto.²²

Ahora bien, una cosa es saber que existe alguna gran explicación y otra saber dónde y cómo buscarla. Sábato todavía no lo sabe, pero ya presiente que a lo mejor es una equivocación buscarlo en las cosas contingentes, sólo aparentemente absolutas... Entonces Sábato sigue luchando, sigue con su desesperada búsqueda del sentido. Dice que la esperanza es lo que, a pesar de su sombría visión de la realidad, le levanta una y otra vez para luchar²³. Y como siempre ha creído que los escritores deberían dedicarse a una misión superior, a devolver el sentido de la trágica condición humana²⁴, Sábato, fiel a su vocación y a su grave

²¹ SÁBATO, E., *Hombres y Engranajes*, op. cit., p. 61.

²² SÁBATO, E., *ibid.*, pp. 93-94.

²³ SÁBATO, E., *ibid.*, p. 94.

²⁴ SÁBATO, E., *Antes del Fin*, op. cit., p. 90.

preocupación espiritual, también intenta sugerir soluciones para la humanidad, las cuales desarrollará más tarde en los años de su vejez. Dice que sería un error prescindir de la técnica y de la ciencia, dado que son productos del espíritu humano, igual que sería absurdo prescindir de la razón por el solo hecho de que antes se la haya elevado a la categoría de un dios. Cree que el hombre debería recuperar aquel sentido humano de la técnica y de la ciencia y reconocer al otro hombre, al interlocutor, al semejante. El hombre tiene que recobrar la fe en su propia humanidad, determinar su lugar en el universo y, lo más importante, tiene que recuperar el sentido de la trascendencia.

2. LAS NOVELAS

Se podría decir que la culpa de la interpretación equivocada de Sábato la tienen sus novelas: *El túnel*, *Sobre héroes y tumbas* y *Abaddón el Exterminador*. En la mayoría de los casos los lectores del escritor argentino se quedan completamente satisfechos con las tres obras más conocidas que crean un sistema aparentemente cerrado y presentan una cosmovisión fácil y autojustificadora. Se podría entender por qué el mismo Sábato escribe en su penúltimo libro que sus verdades más atroces se encuentran en sus ficciones, «en esos bailes siniestros de enmascarados que, por eso, dicen o revelan verdades que no se animarían a confesar a cara descubierta»²⁵. También dice que sus novelas lo representan en sus parcialidades y extremos, a menudo deshonorosas y hasta detestables; sin embargo, admite que a la vez lo traicionan, yendo más lejos de lo que su conciencia le reprocha²⁶. En general, las novelas, las tres de corte existencialista, siguen la línea del pensamiento anterior y hablan de la deshumanización de las relaciones internacionales en el ámbito de la sociedad occidental del siglo XX y la desintegración del sujeto. Los protagonistas de las tres novelas son fruto de esas sociedades tecnificadas y viven en grandes ciudades donde se acentúa su soledad y la incomunicación se vuelve patológica. Son grandes dramas interiores de unas búsquedas angustiosas en un mundo de locura y de caos. El tono radicalmente pesimista asemeja esas novelas a las obras literarias de los grandes existencialistas franceses de aquella época.

El túnel fue la primera novela del escritor, con la que se ganó la admiración de los lectores del mundo entero. El libro cuenta una historia del asesinato de

²⁵ SÁBATO, E., *ibid.*, p. 11.

²⁶ SÁBATO, E., *ibid.*, p. 69.

María Iribarne por su amante, el pintor Juan Pablo Castel, pero realmente habla de un intento fallido de superar la alienación a través de una relación «amorosa». Una relación que, contra todas las expectativas, al final lleva al aumento de la angustia. Para el protagonista la vida no tiene sentido, ni la vida ni nada:

A veces creo que nada tiene sentido. En un planeta minúsculo, que corre hacia la nada desde millones de años, nacemos en medio de dolores, crecemos, luchamos, nos enfermamos, sufrimos, hacemos sufrir, gritamos, morimos, mueren y otros están naciendo para volver a empezar la comedia inútil.²⁷

Sixto Mardoqueo Reyes en su libro *Ernesto Sábato y su compromiso con el hombre* dice que «si hemos de guiarnos por su primera novela, *El Túnel*, la vida del hombre sería una pasión inútil. Pero hay que considerar que es una obra de juventud, un clásico de la desesperación»²⁸. Unas líneas después el crítico agrega que «aún en este libro desesperado surge como una posibilidad que no se alcanza a concretar, un rayo de esperanza»²⁹:

Y suele resultar que, cuando llegamos al borde de la desesperación que precede al suicidio, por haber agotado el inventario de todo lo que es malo y haber llegado al punto en que el mal es insuperable, cualquier elemento bueno, por pequeño que sea, adquiere un desproporcionado valor, termina por hacerse decisivo y nos aferramos a él como nos agarraríamos desesperadamente de cualquier hierba ante el peligro de rodar en un abismo.³⁰

Anna-Teresa Tymieniecka comparte la opinión de Reyes:

Este alucinante drama de la vida interior de tres seres intrincados en la frenética búsqueda de comprensión que realiza el protagonista Juan Pablo Castel nos hace presente, como acabo de señalar, el clásico tema de la así llamada «literatura existencial». Empero el drama de *El túnel* no comparte ni la lateralidad del negativismo sartriano —el cual anula la posibilidad misma de los profundos encuentros que a la vez contemplamos en *Le Mur*, *L'Âge de raison* o *Huis clos*—, ni se queda en la pura facticidad de cuestiones inexploradas a que asistimos en *L'Étranger*, de

²⁷ SÁBATO, E., *El Túnel*, Seix Barral, Barcelona, 2006, p. 42.

²⁸ MARDOQUEO REYES, S., *Ernesto Sábato y su compromiso con el hombre*. Cuadernos Arden, Santa Fe 1982, pp. 68-69.

²⁹ *Ibid.*, p. 69.

³⁰ SÁBATO, E., *El Túnel*, *op. cit.*, p. 90.

Camus. [...] aun cuando el protagonista, Juan Pablo, narra el drama desde la situación y el punto de vista del irremediable desastre en que fue a parar su busca de comprensión, aun cuando nos habla desde su al parecer absoluto aislamiento exterior (el «encierro» del hospital psiquiátrico) e interior (su propio estado mental de autorreclusión) —desde su túnel que tan sólo a intervalos tiene ventanas de vidrio hacia el Otro—, asimismo mantiene todavía la fe en que será entendido por el Otro³¹.

Efectivamente, Castel dice que lo que le mueve a escribir la confesión es «la débil esperanza de que alguna persona llegue a entenderme. AUNQUE SEA UNA SOLA PERSONA»³². No se hunde totalmente, aun desde su aislamiento exterior (el encierro) sigue con sus esfuerzos por comunicarse con el otro. El mismo motivo incita a Fernando Vidal Olmos a escribir su *Informe*, dice: «Cuento todo esto para que me comprendan»³³. Pero, volviendo a Castel, lo que realmente quiere es que le entienda UNA persona, lo que verdaderamente desea es UNA relación personal. No se siente solo físicamente por el contrario, siempre ha mirado con antipatía y hasta con asco a la gente, sobre todo a la gente amontonada, la humanidad siempre le ha parecido detestable, le fueron queridos sólo algunos hombres y algunas mujeres aisladas³⁴. Por lo cual se puede deducir que la soledad que siente es una soledad casi metafísica, algo inscrito en su espíritu, un afán difícil de explicar.

Igual que quiere que alguien le entienda, anhela con todas su fuerzas que alguien le ame de verdad. Al principio, el encuentro con María le hace pensar que sus sueños se podrían volver realidad, ha encontrado a alguien que aparentemente piensa igual y lo comprende totalmente:

Sentí lo que muchas veces había sentido desde aquel momento del salón: que era un ser semejante a mí. [...] sentí que el amor anónimo que yo había alimentado durante años de soledad se había concentrado en María.³⁵

³¹ TYMIENIECKA, A., «El anhelo de comunión con el otro y las fuentes de la condición humana en el testimonio de *El Túnel*», en *Épica dadora de eternidad, Sábato en la crítica americana y europea*, Vázquez-Bigi, A. M., (ed.), Sudamericana/Planeta, Buenos Aires, 1985, p. 90.

³² SÁBATO, E., *El Túnel*, op. cit., p. 11. (mayúsculas del autor).

³³ SÁBATO, E., *ibid.*, p. 307.

³⁴ SÁBATO, E., *ibid.*, p. 47.

³⁵ SÁBATO, E., *ibid.*, p. 59.

No sólo el amor, pero en María se habían concentrado todos los deseos de Castel, como si en ella quisiera encarnar todas las ansias de su espíritu. En una página cuenta su sueño:

Visitaba de noche una vieja casa solitaria. Era una casa en cierto modo conocida e infinitamente ansiada por mí desde la infancia, de manera que al entrar en ella me guiaban algunos recuerdos. [...] sentía que en esa casa renacían en mí los antiguos amores de la adolescencia, con los mismos temblores y esa sensación de suave locura, de temor y de alegría. Cuando me desperté, comprendí que la casa del sueño era María.³⁶

Castel le reclama a María el amor total y absoluto. Le exige un amor que al lector le parece visiblemente patológico. La ama desesperadamente y, sin embargo, la palabra *amor* no se pronuncia entre ellos por mucho tiempo, lo cual provoca una inseguridad insoportable para el protagonista. Busca la confirmación, quiere oír las palabras que podrían apagar el fuego de la incertidumbre:

— [...] necesito saber si me querés. Nada más que eso: saber si me querés.³⁷

Y cuando escucha la confirmación no le basta:

—¿Pero cómo me querés? Hay muchas maneras de querer. Se puede querer a un perro, a un chico. Yo quiero decir *amor, verdadero amor, ¿entendés?*³⁸

Su angustia se vuelve insoportable, su deseo de ser amado de verdad no le deja vivir tranquilamente. El patrón del amor ideal es para Castel el amor materno y su madre la persona más perfecta que ha conocido:

Cuando yo era chico y me desesperaba ante la idea de que mi madre pudiese morir un día [...], no imaginaba que mi madre pudiese tener defectos. Ahora que no existe, debo decir que fue tan buena como puede llegar a serlo un ser humano.³⁹

³⁶ SÁBATO, E., *ibid.*, pp. 60-61.

³⁷ SÁBATO, E., *ibid.*, p. 66.

³⁸ SÁBATO, E., *ibid.* (cursiva del autor).

³⁹ SÁBATO, E., *ibid.*, p. 10.

Por eso, en los momentos más dulces Castel compara a María con su madre:

Después sentí que acariciaba mi cara, como lo había hecho en otros momentos parecidos. Yo no podía hablar. Como con mi madre cuando chico, puse la cabeza sobre su regazo y así quedamos un tiempo quieto, sin transcurso, hecho de infancia y de muerte.⁴⁰

Pero ni siquiera el amor de la madre, grande, pero no suficientemente, puede ser la respuesta a los deseos de su espíritu. Castel siente que debe de haber algo más y sigue convencido de que se lo puede dar María. Porque en su amor a ella se divisa otra dimensión, obviamente prohibida en la relación entre la madre y su hijo:

Yo vivía obsesionado con la idea de que su amor era, en el mejor de los casos, amor de madre o de hermana. De modo que la unión física se me aparecía como una garantía de verdadero amor.⁴¹

La pasión física es un elemento nuevo, y Castel lo añade al tipo de amor más ideal que conoce, pero sigue sin saber si esta «mejora» será la garantía del amor verdadero:

Debo confesar que yo mismo no sé lo que quiero decir con eso del «amor verdadero», y lo curioso es que aunque empleé muchas veces esa expresión en los interrogatorios, nunca hasta hoy me puse a analizar a fondo su sentido. ¿Qué quería decir? ¿Un amor que incluyera la pasión física?⁴²

Así que busca la unión corporal con María, pero cuando la consigue, el amor físico, lejos de tranquilizarle, le perturba todavía más:

Me echaba sobre ella, le agarraba los brazos como con tenazas, tratando de forzarle garantías de amor, de *verdadero amor*. [...] Cualquier cosa que hiciéramos (hablar, tomar café) era doloroso, pues señalaba hasta qué punto eran fugaces esos instantes de comunidad. Y, lo que era mucho peor, causaban nuevos distanciamientos porque yo la forzaba, en la desesperación de consolidar de algún modo esa fusión, a unírnos corporalmente; sólo lográbamos confirmar la imposibilidad de prolongarla o consolidarla mediante un acto material.⁴³

⁴⁰ SÁBATO, E., *ibid.*, p. 116.

⁴¹ SÁBATO, E., *ibid.*, p. 71.

⁴² SÁBATO, E., *ibid.*, p. 72.

⁴³ SÁBATO, E., *ibid.*, pp. 72-73.

Cada vez le parece más claro, María no le podrá dar lo que busca:

Más que nunca sentí que jamás llegaría a unirme con ella en forma total y que debía resignarme a tener frágiles momentos de comunión, tan melancólicamente inasibles como el recuerdo de ciertos sueños, o como la felicidad de algunos pasajes musicales.⁴⁴

En un momento Castel hasta es capaz de denunciar sus sueños del amor verdadero y conformarse con lo que se le ofrece:

Al ver esos bancos, esos árboles, pensé que jamás podría resignarme a perder su apoyo, aunque más no fuera que en esos instantes de comunicación, de misterioso amor que nos unía. A medida que avanzaba en estas reflexiones, más iba haciéndome a la idea de aceptar su amor así, sin condiciones y más me iba aterrizando la idea de quedarme sin nada, absolutamente nada. Y de ese terror fue naciendo y creciendo una modestia como sólo pueden tener los seres que no pueden elegir.⁴⁵

Para el protagonista existen sólo dos opciones: o encontrará el sentido en su vida o se hundirá en la desesperación. Y todo habla a favor de la desesperación... La vida parece no tener sentido ninguno porque lo único que hay es una espantosa transitoriedad:

La vida aparece a la luz de este razonamiento como una larga pesadilla, de la que sin embargo uno puede liberarse con la muerte, que sería, así, una especie de despertar. ¿Pero despertar a qué? Esa irresolución de arrojarse a la nada absoluta y eterna me ha detenido en todos los proyectos de suicidio.⁴⁶

Sin embargo, el ser humano no puede engañarse a sí mismo. Su vocación espiritual lo seguirá llamando, una vocación a un amor desconocido en esta vida, a un amor que lo explique todo. Por eso el gran anhelo de ser amado de Castel ya no se ve tan patológico como lo podría parecer al principio... El deseo del amor inscrito en el hombre no lo puede saciar ningún ser humano. Se podría decir que lo que Sábato expresa a través de esta «incapacidad» es un desgarrador deseo de un amor mucho más grande.

⁴⁴ SÁBATO, E., *ibid.*, p. 111.

⁴⁵ SÁBATO, E., *ibid.*, pp. 141-142.

⁴⁶ SÁBATO, E., *ibid.*, p. 90.

Estoy de acuerdo en que *El Túnel* es un libro oscuro y su mundo es horrible, pero no está del todo sumergido en el negativismo. Castel ha luchado toda su vida, siguiendo la llamada de su corazón, buscando un sentido, buscando saciar su gran necesidad de amor verdadero, y su esperanza no se apagó ni siquiera después del crimen. Por muy horroroso y absurdo que nos parezca...

En este libro tampoco aparece ninguna solución. Sábato simplemente quiere sacar de sí lo que le acongoja y entristece. Es una presentación del universo sin el Absoluto, pero jamás un canto al nihilismo. Una presentación del mundo «creado» por el hombre que se preocupa solamente por su propio yo, pero en el fondo busca que el otro y el amor colmen su vida. La historia tiene como fin estremecer al lector y aliviar el dolor del escritor. Igual que las novelas que vinieron después, *El Túnel* cumple una función catártica, es una búsqueda personal plasmada en las páginas del libro.

Con *Sobre héroes y tumbas* Sábato vuelve a meterse en el oscuro laberinto. Otra vez quiere liberarse de una obsesión que no le resulta clara ni para él mismo. A primera vista, el libro es una continuación de las cuestiones principales del temario existencialista y psicoanalítico: la vida sin sentido, la soledad del hombre moderno, la incapacidad de amar, etc. Para entender la tragedia de los protagonistas el lector tiene que entender, o por lo menos intentar hacerlo, el mundo en que viven, igual de horrible y tenebroso que el mundo de Castel, o aún más. Como era de esperar, el universo de los protagonistas es sumamente deprimente, el entorno en que vive, la gran ciudad de Buenos Aires, subraya la insignificancia de sus habitantes. También el tiempo de los protagonistas es su enemigo, no se mide por meses y «ni siquiera por años, sino como es propio de esa clase de seres, por catástrofes espirituales y por días de absoluta soledad y de inenarrable tristeza; días que se alargan y se deforman como tenebrosos fantasmas sobre las paredes del tiempo»⁴⁷. Sólo pueden esperar la muerte, resignados, acurrucados en algún rincón o precipitarla en el último y desesperado acto de protesta contra el reinante sinsentido.

Ahora bien, a pesar de lo horrible que sea el mundo y desdichados los protagonistas, o a lo mejor precisamente por eso, los personajes de la obra siguen en busca del sentido. No lo tienen fácil, la confusión ha llegado a sus límites y el

⁴⁷ SÁBATO, E., *Sobre Héroes y Tumbas*, op. cit., p. 13.

ser humano no tiene ningún punto de referencia. En este mundo ni siquiera la verdad existe:

La *verdad*, se decía, sonriendo con ironía. LA verdad. *Bueno, digamos: UNA verdad*, pero ¿no era una verdad la verdad? [...] la verdad está bien en las matemáticas, en la química, en la filosofía. No en la vida. En la vida es más importante la ilusión, el deseo, la esperanza. Además, ¿sabemos acaso lo que es la verdad? Si yo le digo que aquel trozo de ventana es azul, digo una verdad. Pero es una verdad parcial, y por lo tanto una especie de mentira. Porque ese trozo de ventana no está solo, esta en una casa, en una ciudad, en un paisaje. Está rodeado del gris en este muro de cemento, del azul claro de este cielo, de aquellas nubes alargadas, de infinitas cosas más. Y si no digo todo, absolutamente todo, estoy mintiendo. Pero decir *todo* es imposible, aun en este caso de la ventana, de un simple trozo de la realidad física, de la simple realidad física. La realidad es infinita y además infinitamente matizada, y si me olvido de un solo matiz ya estoy mintiendo. Ahora, imagínese lo que es la realidad de los seres humanos, con sus complicaciones y reconvocos, contradicciones y además cambiantes. Porque cambia a cada instante que pasa, y lo que éramos hace un momento no lo somos más. ¿Somos acaso siempre la misma persona? Se puede querer a alguien y de pronto desestimarle y hasta detestarlo. Y si cuando lo desestimamos cometemos el error de decírselo, eso es una verdad, pero una verdad momentánea, que no será más verdad dentro de una hora o al otro día, o en otras circunstancias. Y en cambio el ser a quien se la decimos creará que ésa es la verdad, la verdad para siempre y desde siempre. Y se hundirá en la desesperación.⁴⁸

Los personajes no sólo tienen problemas con el concepto de la verdad, sino también con el otro trascendente: el UNO. Todo ente es indivisible. No pierde la unidad, no se transforma en otra cosa. El ser humano, como unidad de cuerpo y alma, goza de la unidad más perfecta en el mundo. Sin embargo, Fernando Vidal no acepta fácilmente la teoría de la unidad del ser humano, no sabe qué pasará en los otros, pero siente que su propia identidad de pronto se pierde⁴⁹. La disgregación de su yo es un motivo de sufrimiento, nada más horrible que no poder contestar otra gran pregunta de Sábato: ¿quién soy?

Pero lo peor no sucede a mi alrededor sino en mi interior, porque mi propio yo empezaba de pronto a deformarse, a estirarse, a metamorfosearse. Yo me

⁴⁸ SÁBATO, E., *ibid.*, p. 198.

⁴⁹ SÁBATO, E., *ibid.*, p. 306.

llamo Fernando Vidal Olmos, y esas tres palabras son como un sello, como una garantía de que soy «algo», algo bien definido: no sólo por el color de mis ojos, por mi estatura, por mi edad, por mi día de nacimiento y mis padres (es decir, por esos datos que aparecen en la cédula de identidad), sino por algo más profundo de índole espiritual: por un conjunto de recuerdos, de sentimientos, de ideas que dentro de uno mantienen la estructura de ese «algo», que es Fernando Vidal y no el cartero o el carnicero. [...] ¿Hay alguna inviolable relación, acaso, entre mi cuerpo y mi alma? Siempre me pareció portentoso que alguien pueda crecer, tener ilusiones, sufrir desastres, ir a la guerra, deteriorarse espiritualmente, cambiar sus ideas, transformar sus sentimientos y sin embargo seguir recibiendo el mismo nombre: Fernando Vidal ¿Tiene algún sentido? ¿O es verdad que, a pesar de todo, existe algún hilo, infinitamente estirable pero milagrosamente unitario, que a través de esos cambios y catástrofes mantenga la identidad del yo?⁵⁰

Es un caos del siglo xx, donde los conceptos de la verdad, identidad, unidad y del ser humano parecen vacíos. Los protagonistas carcomidos por las dudas ambulan por Buenos Aires preguntándose perpetuamente sobre el sentido de la existencia en general y sobre el ser, sin que nadie sepa dónde esta la verdad, sin que nadie crea firmemente en nada. Sin embargo, se puede hablar de algún tipo de fe de los protagonistas, aunque es una fe difícil y latente, una fe «a pesar de». Otra vez, como en *Hombres y engranajes*, pero esta vez en boca de un personaje, Sábato vuelve a hablar sobre la esperanza y el instinto de supervivencia del hombre:

[...] un ser concreto de carne y hueso, un pobre ser con ojos que miran ansiosamente (¿hacia qué o hacia quién?), una criatura que sólo sobrevive por la esperanza. Porque felizmente (pensaba) el hombre no está sólo hecho de desesperación sino de fe y esperanza; no sólo de muerte sino también de anhelo de vida; tampoco únicamente de soledad sino de momentos de comunión y de amor. Porque si prevaleciese la desesperación, todos nos dejaríamos morir o nos mataríamos, y eso no es de ninguna manera lo que sucede. [...] la esperanza renace una y otra vez en medio de las calamidades. [...] si la angustia es la experiencia de la Nada, algo así como la prueba ontológica de la Nada, ¿no será la esperanza la prueba de un Sentido Oculto de la Existencia, algo por lo cual vale la pena luchar? Y siendo la esperanza más poderosa que la angustia (ya que siempre triunfa sobre ella, porque si no todos nos suicidaríamos) ¿no sería que ese Sentido Oculto es más verdadero, por decirlo así, que la famosa Nada?⁵¹

⁵⁰ SÁBATO, E., *ibid.*, pp. 305-306.

⁵¹ SÁBATO, E., *ibid.*, pp. 230-231.

No cabe duda que Sábato corrige levemente el pesimismo de su primera novela. En *El túnel* la esperanza, aunque deseada, está ausente en las vidas de los protagonistas. No obstante, tampoco aquí es tan evidente. *Sobre héroes y tumbas* se sitúa lejos de un optimismo despreocupado y los personajes sufren los mismos dolores que Castel y María.

Martín, uno de los protagonistas principales, tiene algunas características de Juan Pablo; como él, se siente muy solo e infeliz, y tampoco se siente bien en compañía de otras personas sin embargo, frente a ellos no siente odio sino miedo. «Tenía pavor por los seres humanos: le parecían imprevisibles, pero sobre todo perversos y sucios»⁵². Igual que Castel busca amor, o ante todo cercanía, comprensión y comunicación. E igual que él, vuelca todas sus esperanzas sobre una mujer, en este caso Alejandra. El lector cree leer casi los mismos diálogos, las mismas desesperadas peticiones de la confirmación del amor. Para citar algunos ejemplos:

—¿Me querés?

Ella pareció vacilar un instante, pero luego contestó: —Sí, te quiero. Te quiero mucho.

Martín se sentía aislado mágicamente de la dura realidad externa.⁵³ [...] mientras mantenía reclinada la cabeza sobre el pecho de Alejandra, entregado a la portentosa felicidad del instante.⁵⁴

—Porque no soporto a nadie a mi lado y porque te haría mucho, pero muchísimo mal.

—¿Es que no me querés?

—Ay, Martín... no empecemos con esas preguntas...

—Entonces es porque no me querés.

—Pero sí, pavo. Justamente te haría mal porque te quiero ¿no comprendes? Uno no hace mal a la gente que le es indiferente. Pero la palabra querer, Martín, es tan vasta... Se quiere a un amante, a un perro, a un amigo...

—¿Y yo? —preguntó temblando Martín—, ¿qué soy para vos? ¿Un amante, un perro, un amigo?...

⁵² SÁBATO, E., *ibid.*, p. 14.

⁵³ SÁBATO, E., *ibid.*, p. 124.

⁵⁴ SÁBATO, E., *ibid.*, p. 125.

—Te he dicho que te necesito, ¿no te basta?

[...]

—Vamos a ver si se porta bien —dijo, como quien habla a un niño—. Ya le he dicho que lo necesito y que lo quiero mucho, ¿qué más quiere?⁵⁵

La historia aparentemente se repite. Inmediatamente el lector detecta una evidente analogía entre la relación de Martín y Alejandra y aquella de Castel y María. Los protagonistas intentan llegar por lo carnal a lo espiritual, pero como la donación de los cuerpos es una limitada donación de sí, resulta que después de cada encuentro se ven sumergidos, con más fuerza, en el vértigo de las ansias insatisfechas. Igual que en *El túnel* los protagonistas buscan un amor verdadero, un amor absoluto y, aunque ya sabemos que es imposible que lo encuentren, sus relaciones parecen, dentro de lo posible, un poco más realizadas que las de Castel y María:

Martín sintió cómo de pronto ella se dormía, mientras él trataba de ordenar el caos de su espíritu. Pero era un vértigo tan incoherente, los razonamientos resultaban siempre tan contradictorios que, poco a poco, fue invadido por un sopor invencible y por la sensación dulcísima (a pesar de todo) de estar al lado de la mujer que amaba.⁵⁶

[...] seguía creyendo que en aquel lapso Alejandra lo había querido intensamente y había tenido instantes de tranquilidad o de paz, si no de felicidad; pues recordaba tardes de belleza, frases cariñosas y tontas que se dicen en tales ocasiones, pequeños gestos de ternura y bromas amables.⁵⁷

Los protagonistas de la novela siguen, como en *El túnel*, con el intento de encontrar en otro ser el amor absoluto y la salvación, pero fracasan y sucumben en el infierno de la incomunicación e incomprensión.

Las turbias relaciones entre los protagonistas demuestran la necesidad del amor y el deseo de encontrar el sentido de la vida. Rodeados por un caos de ideas confusas buscan algo firme a lo que agarrarse y con horror piensan que a lo mejor no existe⁵⁸. La pregunta por la existencia de Dios, los desafíos a Él y las

⁵⁵ SÁBATO, E., *ibid.*, p. 131 (grafía del autor).

⁵⁶ SÁBATO, E., *ibid.*, p. 133.

⁵⁷ SÁBATO, E., *ibid.*, p. 144.

⁵⁸ SÁBATO, E., *ibid.*, p. 34.

rebeliones del ser humano decepcionado con el mundo y la vida vuelven una y otra vez en las páginas del libro. Algunos, como Fernando Vidal, le dedican mucho tiempo al problema, y sus teorías elaboradas hasta el último detalle indican la importancia que tiene para él esta cuestión. Dice:

(...) fui elaborando una serie de teorías, pues la idea de que estuviéramos gobernados por un Dios omnipotente, omnisciente y bondadoso me parecía tan contradictoria que ni siquiera creía que se pudiese tomar en serio. Al llegar a la época de la banda de asaltantes había elaborado ya las siguientes posibilidades:

1.º Dios no existe.

2.º Dios existe y es un canalla.

3.º Dios existe, pero a veces duerme: sus pesadillas son nuestra existencia.

4.º Dios existe, pero tiene accesos de locura: esos accesos son nuestra existencia.

5.º Dios no es omnipresente, no puede estar en todas partes. A veces está ausente ¿en otros mundos? ¿En otras cosas?

6.º Dios es un pobre diablo, con un problema demasiado complicado para sus fuerzas. Lucha con la materia como un artista con su obra. Algunas veces, en algún momento logra ser Goya, pero generalmente es un desastre.

7.º Dios fue derrotado antes de la Historia por el Príncipe de las Tinieblas. Y derrotado, convertido en presunto diablo, es doblemente desprestigiado, puesto que se le atribuye este universo calamitoso.

Martín es menos calculador que Fernando, su interior es más tranquilo y menos enfermizo. Por mucho tiempo la cuestión de Dios no le preocupa mucho. Hasta que la pérdida del único ser querido sacude su mundo y le induce a pensar en el suicidio, pero antes de hacerlo se pone a disputar la existencia del Ser Supremo y se da cuenta de que hay en él una sed de trascendencia; la situación límite, la muerte, le impulsa a la búsqueda. Esta sed que finalmente se convierte en una petición, curiosamente se manifiesta en primer lugar a través de un reproche dirigido a Dios:

Y de pronto, en medio de aquella confusión de ideas y sentimientos, también recordó un verso: no de Dante ni de Hornero sino de un poeta tan callejero y tan humilde como el Bonito. «Dónde estaba Dios cuando te fuiste», se había preguntado aquel desdichado. Sí, dónde estaba Dios cuando su madre saltaba a la cuerda para matarlo. Y dónde estaba cuando al Bonito lo aplastó el camión de la

Anglo: a Bonito, a un pobre e insignificante ser en el mundo [...] un ser que ninguna culpa tenía que pagar, ni suya ni de los demás [...] y dónde estaba Dios cuando Alejandra estaba con aquella inmundicia.⁵⁹

Este reproche tan humano, este grito hacia Dios, marca en *Sobre héroes y tumbas* un giro final en la trama. Al parecer, llega a constituir un tímido pero importante contrapeso a aquel descenso delirante a los infiernos de la oscuridad de Fernando. Martín, confrontado con su sufrimiento incomprensible e insoportable, no busca la respuesta en su propia existencia, que también le resulta insoportable e incomprensible, sino que se dirige al Otro, implorando, o más bien exigiendo, una manifestación de Dios. Presiente que sólo un ser trascendente y absoluto puede iluminar y dar algún sentido a una existencia tan vacía, enferma y distorsionada. Decide detener el suicidio hasta la mañana del día siguiente, para dar una oportunidad a Dios de manifestarse y convencerle de que cambie de propósito:

Si el universo tenía alguna razón de ser, si la vida humana tenía algún sentido, si Dios existía, en fin, que se presentase allí, en su propio cuarto, en aquel sucio cuarto de hospedaje. ¿Por qué no? ¿Por qué hasta había de negarse a ese desafío? Si existía, Él era el fuerte, el poderoso. Y los fuertes, los poderosos pueden permitirse el lujo de alguna condescendencia. ¿Por qué no? ¿A quién haría bien, no presentándose? ¿Qué clase de orgullo podría así satisfacer? Hasta la madrugada, se dijo con una especie de placer rencoroso: el plazo definido y fijo lo hacía sentir de pronto dotado de un terrible poder y aumentaba su resentida satisfacción, como si se dijera ahora vamos a ver. Y si no se presentaba, se mataría.⁶⁰

No cabe duda de que lo que hay aquí es un evidente «chantaje emocional» mezclado con cierta ironía, que sirve de autodefensa psicológica por si el intento fracasara. Sin embargo, la cita no deja de expresar una verdadera sed de trascendencia.

Es el segundo desafío a Dios en la novela. El primero lo cuenta Alejandra, que, por cierto, tiene una trayectoria espiritual bastante interesante que empieza con una pasión religiosa que linda con la locura y termina con la indiferencia, pasando por el odio y la aparente negación de la existencia del Creador. Aparente porque siendo su enemigo tiene que existir. Recuerda:

⁵⁹ SABATO, E., *ibid.*, p. 535.

⁶⁰ SABATO, E., *ibid.*, p. 536.

Me poseía una energía atroz y sentía a la vez una mezcla de fuerza cósmica, de odio y de indecible tristeza. Riéndome y llorando, abriendo los brazos, con esa teatralidad que tenemos adolescentes, grité repetidas veces hacia arriba, desafiando a Dios que me aniquilase con sus rayos, si existía.

Alejandra mira su cuerpo desnudo, huyendo a toda carrera, iluminado fragmentariamente por los relámpagos; grotesco y conmovedor, piensa que nunca más lo volverá a ver.

El rugido del mar y de la tempestad parecen pronunciar sobre ella oscuras y temibles amenazas de la Divinidad.⁶¹

A pesar de su rebeldía, en el interior de su alma, cree profundamente en Dios y en su justicia, espera el castigo merecido, pero su rebeldía es más bien un grito de desesperación de una niña que siente que vive en un mundo horroroso y no lo comprende.

Volviendo a Martín, él sabe que los milagros se producen raras veces casi dos mil años después de la muerte de Cristo. No espera ningunos rayos fulminantes y tiene miedo de dejar pasar la señal de Dios:

[...] si Dios se aparecía, ¿cómo lo haría? ¿Y qué sería? ¿Una presencia infinita y aterradora, una figura, un gran silencio, una voz, una especie de suave y tranquilizadora caricia? ¿Y si se aparecía y él era incapaz de advertirlo? Entonces se mataría inútil y equivocadamente.⁶²

Pensó que cualquiera de esos murmullos podía ser significativo. Se sintió como si, perdido en medio de una agitada muchedumbre de millones de seres humanos, debiera reconocer el rostro de un desconocido que le trae un mensaje salvador y del que no sabe más que eso: que es el portador del mensaje que puede salvarlo.⁶³

Y realmente así sucede. Un encuentro aparentemente fortuito con Hortensia Paz, una mujer pobre de los arrabales de Buenos Aires, que sabe mantener la dignidad y la alegría a pesar de su miseria material, lleva al protagonista a cambiar de propósito y presupone para él un momento de revelación. El cuestionamiento de la trascendencia le lleva al descubrimiento de la realidad. En vez de sui-

⁶¹ SABA TO, E., *ibid.*, p. 78.

⁶² SÁBATO, E., *ibid.*, p. 536.

⁶³ SÁBATO, E., *ibid.*, p. 537.

cidarse, decide abandonar la capital para emprender un viaje de iniciación con el camionero Bucich hacia las desiertas, frías y «puras» tierras del sur, donde por primera vez experimenta paz y armonía en su interior. Un canto a la sencillez perdida, a la naturaleza como contrapeso de la megalópolis babilónica que Sábato desarrollará en *Antes del fin* y en *La resistencia*.

En *Sobre héroes y tumbas* se puede ver la luz al final del tenebroso túnel del alma humana. En su primera novela Sábato dio fe de su visión pesimista, nihilista y catastrófica de la sociedad y del ser humano en general. Aunque ya en esa etapa era obvia una significativa sensibilidad ética y humanística en su denuncia de la parte oscura del alma humana. Sin embargo, como ya he dicho, no proponía ningún camino de superación de esta situación dramática, porque realmente no lo veía. En su segunda creación literaria la situación cambia, o más bien evoluciona. Hay algo que hace estas páginas distintas de las de *El túnel* y no se trata solamente del alto nivel artístico que hizo que los críticos en tantos países proclamasen *Sobre héroes y tumbas* el mejor libro de América Latina. En el último capítulo, con un título significativo, «Un Dios desconocido», por fin vienen los primeros atisbos de esperanza después de que se toque el fondo de la desesperación, del delirio y de la oscuridad. Se oyen las primeras tímidas voces que se atreven a considerar la existencia de un sentido, de un destino:

Ahora, después de casi treinta años, pequeños acontecimientos de aquel tiempo, al parecer casuales y sin trascendencia, revelan su sentido; como para el que acaba de leer una larga novela, una vez que los destinos están definitivamente cerrados, como con la muerte en la vida real, cobran un sentido profundo y muchas veces trágico [...] Nunca se sabe, hasta el final, si lo que un día cualquiera nos sucede es historia o simple contingencia, si es todo (por trivial que parezca) o es nada (por doloroso que sea).⁶⁴

Uno no puede no recordar esas palabras al leer *La resistencia* escrita más de cuarenta años después, donde pone:

Ni el amor, ni los encuentros verdaderos, ni siquiera los profundos desencuentros, son obra de las casualidades, sino que nos están misteriosamente reservados. [...] El destino se muestra en signos e indicios que parecen insignificantes pero que luego reconocemos como decisivos.⁶⁵

⁶⁴ SÁBATO, E., *ibid.*, p. 494.

⁶⁵ SÁBATO, E., *La resistencia*, Seix Barral, Barcelona, 2003, p. 26.

Si leemos todas las obras de Sábato juntas, una tras otra, en el orden cronológico, nos damos cuenta de que *Sobre héroes y tumbas* forma como un puente, o más bien un punto de inflexión, entre la etapa más pesimista y la esperanza recuperada. La primera parte, hasta la terminación del «Informe», es mucho más oscura, densa, el lector sufre casi igual que los personajes y en el último capítulo inesperadamente se da cuenta de que ha bajado la tensión y hay más aire entre las páginas. La esperanza ha sido recobrada no sólo por Martín.

Si hay que hablar sobre el cambio de un Sábato-pesimista a un Sábato-menos pesimista, éste sería el libro y el momento de la recuperación de la fe. La salida del túnel al final de la novela es para Martín pero también para Sábato. Sin este texto no habría podido escribir ni *Antes del fin* ni *La resistencia*.

Permítaseme omitir en este artículo el análisis de la última de las novelas del autor: *Abaddón, el Exterminador*. Aunque importante, no es la obra más lograda de Sábato y no aporta mucha novedad en función de este artículo.

3. ANTES DEL FIN Y LA RESISTENCIA

Los dos últimos libros del escritor son indudablemente los libros más personales y más directos. Sábato tiene casi 90 años, la libertad del espíritu de quien nada tiene que perder, goza de una fama mundial y no siente miedo de expresar lo que piensa, aunque tal pensamiento no esté muy en boga en un momento determinado.

Antes del fin es una especie de testamento, aunque hay que recordar una vez más que no es donde el lector encontrará las verdades más atroces⁶⁶. Sin embargo, en este libro y en el siguiente, *La resistencia*, salta a la vista una coherencia del pensamiento impresionante, una manera de explorar la condición humana y una continuación de la búsqueda desesperada del sentido de los libros anteriores. Sábato lo escribe con esperanza de que «quizá ayude a encontrar un sentido de trascendencia en este mundo plagado de horrores, de traiciones, de envidias; desamparos, torturas y genocidios»⁶⁷.

⁶⁶ SÁBATO, E., *Antes del fin*, op. cit., p. 11.

⁶⁷ SÁBATO, E., *ibid.*, p. 12.

Es un recuento emocional que no pretende añadir nada nuevo a las obras anteriores. En el momento de su edición muchos críticos juzgaron *Antes del fin* fuera de contexto, como si no hubieran leído bien ni los primeros escritos y ni siquiera las tan conocidas novelas. Es una confesión de un ser herido, en el periodo más triste de su vida, que, sin embargo, intenta encontrar el sentido y consuelo. Dice que es un libro hecho «sin premeditación, que me sale del alma, no de mi cabeza, dictado por las preocupaciones y la tristeza de estos años finales»⁶⁸.

En *Antes del fin* aparece la figura de Dios Padre, ausente en los escritos anteriores. A lo mejor algo tiene que ver la situación personal del escritor. Ha perdido a su hijo, ha perdido a su esposa, se está humanizando⁶⁹, y en el sufrimiento busca con desgarró y hasta con descreimiento «un Dios que justifique tanto dolor»⁷⁰. En el libro Sábato habla de la necesidad de la eternidad que da sentido a todas nuestras acciones y es razón única de la esperanza (aunque la llame «demencial»). Comparte con el lector su sufrimiento después de la muerte de Federico y admite que ninguna obra nacida de sus manos podía confortar su dolor, ninguna podía aliviarlo. Dice que después de lo que pasó ya no es el mismo, se ha convertido en un ser extremadamente necesitado, que no para de buscar un indicio que muestre esa eternidad donde recuperar el abrazo de su hijo. Sabe que es su única esperanza. Dice:

En mi imposibilidad de revivir a Jorge, busqué en las religiones, en la parapsicología, en las habladurías esotéricas, pero no buscaba a Dios como una afirmación o una negación, sino como a una persona que salvara, que me llevara de la mano como a un niño que sufre. Lo que antes había leído con juicio crítico, ahora lo absorbía como un sediento⁷¹.

El escritor cuenta con la ayuda de una amiga, Elvirita, que con paciencia intenta confortarle hablándole de Cristo y él se deja alentar por su sentido religioso de la vida y del dolor⁷². Es una de las personas que más quiere y con ternura habla de ella en las páginas del libro:

⁶⁸ SÁBATO, E., *ibid.*, p. 126.

⁶⁹ SÁBATO, E., *ibid.*, p. 125.

⁷⁰ SÁBATO, E., *ibid.*, p. 146.

⁷¹ SÁBATO, E., *ibid.*, pp. 158-159.

⁷² SÁBATO, E., *ibid.*, p. 147.

Desde que enfermó Matilde, ella ha sido para mí la persona en quien he volcado mi desazón y mi angustia. En este tiempo de dolor, sin el apoyo y la fe de Elvirita, me hubiera muerto. Y ahora, cuando ya no sé si estaré en condiciones de viajar me viene a la memoria una mañana en que la acompañé en París a St. Julián le Pauvre, la pequeña y hermosa iglesia, donde asistimos al rito ortodoxo. Fue un momento trascendente.

Durante meses, después, fui con ella a las misas que celebraba Hugo Mújica, ese hombre de tanta fe como talento, y fue entonces cuando comulgué por primera vez. Elvirita es de las personas más queridas, en la vida.⁷³

Sin embargo, no se trata de una conversión fácil, ni nada de eso, el escritor admite que es un espíritu religioso pero lleno de contradicciones, que le reconforta la imagen de Cristo, que también padeció la ausencia del Padre. El Dios de Sábado es un Dios de alguna manera a su medida, no es una fe que mueve montañas, son muchos los motivos para descreer en todo⁷⁴. Sin embargo, después de haber agotado otras posibilidades, Dios podría ser una respuesta a las múltiples preguntas del escritor. La suya no deja de ser una fe demencial o milagrosa⁷⁵. Es un acto de heroísmo creer en medio del sinsentido. En los dos libros Sábado sigue llorando sobre el mundo en que vivimos y sobre los tiempos modernos en los que es tan difícil creer en Dios. Escribe que el humanismo se ha vuelto en contra del hombre, quien paulatinamente ha dimitido de su humanidad y la sacralización de la inteligencia lo ha empujado al borde del precipicio. «El fin del siglo nos encuentra incapaces de preguntarnos por la vida y por el hombre» y éste desfallece psíquica y espiritualmente escindido⁷⁶.

En *La resistencia* el mundo exterior se presenta aún más colapsado, ya que todo referente conocido está borrándose. Sin embargo, hay salidas. En los últimos libros se ve recuperada la fe en el ser humano, en la libertad, hasta en el sacrificio, sufrimiento y en la muerte, es un llamamiento a no hundirse en la desesperación. Sábado está convencido «de que —únicamente— los valores del espíritu nos pueden salvar de este terremoto que amenaza la condición humana»⁷⁷. Cree que una crisis general ha sido necesaria para que algunas sencillas pero hu-

⁷³ SÁBATO, E., *ibid.*, p. 156.

⁷⁴ SÁBATO, E., *ibid.*, p. 179.

⁷⁵ SÁBATO, E., *ibid.*, p. 186.

⁷⁶ SÁBATO, E., *ibid.*, p. 137-138.

⁷⁷ SÁBATO, E., *La Resistencia*, op. cit., p. 13.

manas verdades resurgieran con todo su vigor⁷⁸. Como, por ejemplo, que el otro es nuestra salvación, la ayuda está en manos de los hombres:

Cuando somos sensibles, cuando nuestros poros no están cubiertos de las implacables capas, la cercanía con la presencia humana nos sacude, nos alienta, comprendemos que es el otro el que siempre nos salva. Y si hemos llegado a la edad que tenemos es porque otros nos han ido salvando la vida, incesantemente. A los años que tengo hoy, puedo decir dolorosamente, que toda vez que nos hemos perdido un encuentro humano algo quedó atrofiado en nosotros, o quebrado.⁷⁹

De alguna manera es la confirmación de los anhelos de Castel y de Martín. Pero sólo de alguna manera, porque aquí al ser humano se le reafirma su propio papel, del mensajero modesto de la divinidad, pero sin exigirle todos los poderes del Absoluto. Sábato, como recordando a Bucich, a Hortensia Paz, revaloriza lo cotidiano, lo pequeño en apariencia, gestos, miradas, charlas, un encuentro cualquiera, y admite con admiración que a pesar de todo, en medio del panorama sombrío, el hombre sigue con la esperanza, sigue buscando el sentido de su existencia.

La fe en los jóvenes es lo que resalta tanto en *Antes del fin* como en *La resistencia*. La fe que muchos cuestionan porque a los jóvenes los consideran destructivos o apáticos. Sin embargo, extrañaría si no fuera así, es el resultado de una profunda crisis espiritual de nuestro tiempo⁸⁰. No obstante, Sábato, dirigiéndose a ellos, repite con insistencia, una y otra vez: «Tengo fe en ustedes»⁸¹ e intenta sacarlos de su apatía, de la indiferencia y de la pasividad ante las injusticias sociales. Es significativo que el motivo que le mueve a escribir *Antes del fin* no es ya cierta necesidad de catarsis, sino un deber con los jóvenes que «en medio del descreimiento necesitan la palabra de sus escritores»⁸². En cada página remarca que es nuestra misión, nuestra obligación de tomar la vida como la tarea propia y de defenderla, a pesar de todo lo que pasa alrededor de nosotros⁸³:

⁷⁸ SÁBATO, E., *ibid.*, p. 30.

⁷⁹ SÁBATO, E., *ibid.*, p. 20.

⁸⁰ SÁBATO, E., *Antes del Fin*, *op. cit.*, p. 183.

⁸¹ SÁBATO, E., *ibid.*, p. 179.

⁸² SÁBATO, E., *ibid.*, p. 170.

⁸³ SÁBATO, E., *ibid.*, pp. 179-188.

La mayor nobleza de los hombres es la de levantar su obra en medio de la devastación, sosteniéndola infatigablemente, a medio camino entre el desgarró y la belleza. [...] No podemos hundirnos en la depresión, porque es, de alguna manera, un lujo que no pueden darse los padres de los chiquitos que se mueren de hambre. [...] Tenemos que abrimos al mundo.⁸⁴

Sábato, después de un largo combate, ha hecho las paces con Dios, una tregua difícil que no olvida los antiguos descreimientos y reproches ante las injusticias. Por muy demencial que sean la fe y la esperanza del escritor, aquí están, fruto de muchos años de un sincero cuestionamiento. Sin embargo, me atrevería a decir que la fe que ha recuperado Sábato, como lo quieren ver muchos, la fe que grita de las páginas de sus últimos libros, no es tanto en Dios, sino en el ser humano. Sábato cree profundamente en el hombre, por eso hace un llamado a la resistencia frente a este cambio vertiginoso de la vida y de valores, una resistencia basada en la negación de vivir cosificados y la opción por vivir la solidaridad. Su escritura, como en los textos anteriores, es una queja, un grito a la sociedad contemporánea con una creciente indignación. A lo mejor, dirían algunos, su visión está un poco llevada al extremo; sin embargo, hay que admitir que nadie como él, en la literatura de nuestros tiempos, supo describir los anhelos profundos del hombre, su búsqueda del sentido y su necesidad del otro ser. Y cerrando el paréntesis abierto con *Uno y el Universo* el escritor reafirma con certeza:

El hombre no es un simple objeto físico, desprovisto del alma; ni siquiera un simple animal: es un animal que no sólo tiene alma sino espíritu [...] ⁸⁵

Frente a cuestiones inefables es infructuoso tratar de acercarnos por medio de definiciones. La incapacidad de los discursos filosóficos, teológicos o matemáticos para responder a estos grandes interrogantes revela que la condición última del hombre es trascendente, y por lo tanto, misteriosa, inasible.⁸⁶

4. CONCLUSIONES

Vuelvo a insistir en que para conocer el pensamiento de Sábato e intentar entender la complejidad de sus mundos es indispensable leer todos sus libros. Es

⁸⁴ SABATO, E., *ibid*, p. 179.

⁸⁵ SÁBATO, E., *La Resistencia*, *op. cit.*, p. 23.

⁸⁶ SÁBATO, E., *ibid*, p. 52.

uno de esos escritores que distribuyen por todos sus textos los pedazos de su espíritu, y es tarea del lector recoger las piezas y volver a construir el cuadro entero. Si bien en algunos lectores puede predominar la imagen de un Ernesto Sábato novelista, existe, paralelamente, un Sábato ensayista que no se puede omitir. Todos sus libros, indudablemente, demuestran la unidad en el sentir de este escritor fundamental de nuestros tiempos. Es la coherencia de un hombre auténtico, al que su dolor metafísico no le ha dejado vivir una vida tranquila y despreocupada.

Los primeros libros son primeras intuiciones de la deshumanización que surgen a base de los acontecimientos históricos y sociales, las preguntas a las que ni la filosofía, ni la ciencia, ni los movimientos sociales han podido dar respuesta al escritor. Las novelas son la continuación lógica de los ensayos, encarnación del pensamiento, descripción del mundo sin valores, sin sentido. Es el fracaso del ser humano. Los últimos libros de Sábato son casi previsibles en el balance antropológico del escritor. Como ya anticiparon todos sus textos anteriores, el escritor otra vez muestra su desconfianza radical ante el mito del progreso y los horizontes tecnológicos del nuevo milenio. Pero suaviza ese pesimismo con su fe en el ser humano y su «esperanza demencial» en valores como la amistad, el amor, la belleza, la solidaridad y la religión.

Después de presentar la crisis, señala las salidas del túnel. Los últimos textos son el llamamiento maduro a la recuperación de la humanidad perdida, de los valores perdidos y de la Trascendencia, a la creación de un nuevo humanismo que permita la salvación del abismo. Es un reconocimiento admitido de la necesidad inscrita en el corazón del hombre de un Ser superior.

Sábato no es, como lo quisieran ver muchos, un predicador del existencialismo, del nihilismo, sino más bien un escéptico y descreído que ha intentado, a pesar de todo, despertar fe en su interior y no perder la esperanza demencial que a veces ilumina sus días normalmente atormentados y oscuros.

En la vida y obra de Sábato un lector cauteloso no encuentra sorpresas. No todos han podido descifrar sus mensajes, pero es lo que suele pasar con los grandes que se prestan al desentendimiento y abusivas interpretaciones en servicio de ideologías, filosofías o corrientes reinantes. Cada obra del escritor nace como continuación de las anteriores, evolucionando paulatinamente sin grandes y escandalosos saltos. Ésta es la trayectoria de un hombre que no ha parado de preguntar, fiel a su humanismo y horrorizado por las atrocidades del mundo en que

ha tenido que vivir. Sábato siempre ha sido sincero, no siempre, o más bien raras veces, políticamente correcto y en su obra se vieron reflejadas sus angustias más profundas. En las páginas de sus libros se ha hecho a sí mismo y a los lectores las grandes preguntas: ¿tiene sentido la vida?, ¿dónde y cómo puedo encontrarlo?, ¿en la ciencia?, ¿en el otro?, ¿en el amor?, ¿quién soy?, ¿a dónde voy?, ¿existe algo fuera de este mundo transitorio?, ¿y Dios?, ¿podría ser quien tiene las respuestas?, ¿por lo menos algunas?

Lo que une las obras de Sábato son estos interrogantes, la coherencia de las rupturas, que no son otra cosa sino la expresión de su búsqueda de la respuesta. A partir de *Sobre héroes y tumbas* la búsqueda del escritor se vuelve un poco menos violenta, como la de quien sabe que un día encontrará lo que persigue, que sólo es cuestión de tiempo. Sábato a lo largo de los años gana en paciencia y en madurez. La unidad y complementariedad de la obra de Ernesto Sábato sólo pueden percibirse cuando se contempla la totalidad de su obra como un conjunto.